

Cristo: ¿Nuestro modelo en todo?

Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado (Hebreos 4: 15).

OTRA DE LAS PRETENSIONES DEL PERFECCIONISMO es que a causa de que Cristo vivió una vida perfecta y sin pecado, nos vino a enseñar que podemos y debemos vivir de la misma manera si queremos entrar en el reino de Dios. De hecho, de acuerdo al perfeccionismo, solo los que sean perfectos y se mantengan incontaminados como Cristo, podrán ser salvos en el día final.

La realidad es que, aun cuando viviéramos sin cometer ningún pecado, cosa que nadie ha logrado, por el hecho de tener tendencias hacia el mal y una naturaleza corrupta, ya somos pecadores, y estamos necesitados de la gracia de Dios. No hay nadie que no sea pecador. El que pretenda lo contrario, se engaña a sí mismo y declara que Dios es mentiroso, ya que él ha dicho que todos somos pecadores (1 Juan 1: 8, 10). También estaríamos fuera de la gracia de Dios, porque Dios vino a buscar a los pecadores (Luc. 19: 10), y es a los pecadores a quienes se les atribuye justicia (Rom. 4: 5).

Es verdad que Cristo es nuestro ejemplo a seguir, como dice Pedro: «Para esto fueron llamados, porque Cristo sufrió por ustedes, dándoles ejemplo para que sigan sus pasos» (1 Ped. 2: 21), pero el texto se refiere a soportar el sufrimiento con paciencia. También Cristo nos dejó un ejemplo a seguir en lo que se refiere a la humildad: «Les he puesto el ejemplo, para que hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes» (Juan 13: 15). En general, podríamos decir que Jesús fue un ejemplo a seguir en el carácter y la vida. Pero, ciertamente, no fue nuestro ejemplo, ni pretendió serlo, en lo que se refiere a su naturaleza. Él tenía una naturaleza humana no contaminada por el mal, nosotros tenemos una naturaleza humana con tendencias hacia el mal. El Señor no vino a decirnos que debemos ser sin pecado como él lo fue, porque no podemos serlo. Vino a rescatarnos del mal en el que caímos.

Frustración o racionalización

Ya no hablaré más con ustedes, porque viene el príncipe de este mundo. Él no tiene ningún dominio sobre mí (Juan 14: 30).

EL PERFECCIONISMO DICE QUE ASÍ COMO CRISTO vivió una vida sin pecado, también nosotros debemos vivir así; y si no lo hacemos, no podremos entrar en el reino de los cielos. Al hacer esto, coloca sobre los seres humanos una carga que nadie ha podido llevar. El resultado es la frustración y el desencanto, por un lado, o la tergiversación y el autoengaño, por el otro.

Los que aceptan el perfeccionismo, tratan de ser superiores y luchan a brazo partido para vivir sin tacha, solo para darse cuenta que no pueden. Presa de la frustración y el desencanto por no alcanzar la norma que desean y juzgan necesaria, caen en la desesperación, y concluyen que se van a perder, que no podrán ser salvos. La vida cristiana se torna, entonces, en amargura e infelicidad.

Otros, que son frágiles mentalmente como para soportar tal grado de frustración, se autoengañan y concluyen que ya han alcanzado la perfección y santidad. Creen que viven por encima de otros en este mundo, y aun sus actos, abiertamente pecaminosos, son racionalizados como actos de santidad. Las tragedias producidas por sectas como la de David Koresh, en nuestros tiempos, y otras como los de la «carne santificada», de tiempos de Elena G. de White, nos hablan tristemente de esta actitud.

Hay perfeccionistas que tergiversan la naturaleza humana de Jesús: Piensan que tenía propensión al pecado, lo que implica, teológicamente, que adoptó una naturaleza humana contaminada por el mal. Deducen que Jesús es nuestro modelo porque no cometió pecado a pesar de su inclinación. Así también nosotros, seres caídos y propensos al mal, podemos alcanzar la victoria sobre el pecado y vivir sin pecar. Si Jesús lo hizo, también nosotros podemos, y esto se convierte en una condición para entrar en el reino de Dios. ¿Es bíblica esta idea? La analizaré mañana con más detenimiento.

El segundo Adán

Pues así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos volverán a vivir (1 Corintios 15: 22).

LA ESCRITURA DICE CON TODA CLARIDAD que Cristo no tenía pecado y que vivió sin pecado. Fue perfecto delante de Dios: «Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador» (2 Cor. 5: 21). «Nos convenía tener un sumo sacerdote así: santo, irreprochable, puro, apartado de los pecadores y exaltado sobre los cielos» (Heb. 7: 26). Se nos dice: «El Señor Jesús asumió la forma del hombre pecador, y revistió su divinidad con humanidad. Pero era santo, tal como Dios es santo. Si no hubiera sido sin mancha de pecado, no podría haber sido el Salvador de la humanidad» (*Cada día con Dios*, 14 de diciembre).

Por otro lado, cuando Adán fue creado era perfecto e inmaculado. De él se dijo que fue creado a semejanza de Dios (Gén. 1: 26). Pero ya sabemos la triste historia de la humanidad. La raza humana llegó a tener una naturaleza corrompida por causa del pecado. Una inclinación hacia el mal que se transmite por las leyes de la herencia. Cuando Jesús se encarnó, asumió las desventajas físicas de los descendientes de Adán, pero no su conciencia moral pecaminosa. La conciencia moral de Jesús no estaba contaminada por el mal. Eso quiere decir que Jesús no vino a ocupar nuestro lugar en lo que se refiere a naturaleza, sino a ocupar el lugar de Adán.

Por lo tanto, Jesús no es nuestro ejemplo en cuanto a naturaleza moral. Nosotros no podemos ser sin pecado, porque ya tenemos una naturaleza que no podemos cambiar. Jesús es nuestro ideal de fidelidad. Dios nos ha dado su Espíritu para vencer el mal en nuestra vida, pero esto es un proceso lento que no terminará hasta que estemos en el reino de Dios, cuando a través de la resurrección, el Señor desarraigue nuestra inclinación al mal para siempre. Mientras tanto, tenemos que luchar con el mal en nuestra naturaleza, y aprender a depender de él a cada paso del camino.

No hay excusa

Por tanto, no tienes excusa tú, quienquiera que seas, cuando juzgas a los demás, pues al juzgar a otros te condenas a ti mismo, ya que practicas las mismas cosas (Romanos 2: 1).

EL PROBLEMA DEL PERFECCIONISMO es que pretende que los seres humanos pueden llegar a ser excelentes en este mundo, y hacen de esa posible perfección el requerimiento para entrar en el reino de Dios. Luego, el perfeccionista se convierte en juez de las personas que luchan y no obtienen la victoria. Dice: «El fracaso es el resultado de ser infiel a Dios». Esto trae frustración y desencanto al corazón de los sinceros cristianos, que luchan sin poder llegar al sentimiento de haberlo alcanzado. Les roba la paz en Cristo, la felicidad y el gozo de vivir. A la postre, los convierte a una religión basada en el mérito, que sí es bancarrota espiritual.

Por otro lado, rechazar el perfeccionismo no debe ser excusa para vivir en pecado. No es correcto decir: «Hagamos esto, al fin y al cabo, perfecto no hay nadie en el mundo». O decir: «Cometí este pecado, pero, bueno, es que somos pecadores». Esgrimir nuestra condición caída para excusar el pecado, es tan equivocado como el mismo perfeccionismo. Se nos dice: «Cristo ha dado su Espíritu como poder divino para vencer todas las tendencias hacia el mal, hereditarias y cultivadas, y para grabar su propio carácter en su iglesia» (*El Deseado de todas las gentes*, p. 625). No hay excusa para pecar, porque tenemos un poder infinito que está de nuestro lado.

Pero, mientras vivamos en este mundo de pecado, no podremos decir que ya hemos logrado vencer el mal. El que lo diga está engañado, y es un engañador. Notemos estas palabras: «No podemos decir: “Yo no tengo pecado”, hasta que este cuerpo vil sea cambiado y transformado a la semejanza de su cuerpo divino» (*A fin de conocerle*, p.360). «Cuando termine el conflicto de la vida, cuando la armadura sea colocada a los pies de Jesús, cuando los santos de Dios sean glorificados, entonces, y solo entonces, será seguro afirmar que somos salvos y sin pecado» (*Mensajes selectos*, t. 3, p. 406).

Cobertura completa

*¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida.
¿Por cuál principio? ¿Por el de la observancia de la ley?
No, sino por el de la fe (Romanos 3: 27).*

EL MENSAJE DE LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE nos salva del perfeccionismo, porque nos enseña que debemos confiar en Dios y no colocar nuestra confianza en lo que podemos hacer. Nos dice que nuestra justicia procede de Dios y que no es obra nuestra. Que cuando comenzamos la carrera cristiana, Dios nos declara justos por lo que Cristo hizo, no por ningún logro nuestro. El Señor no nos condena como pecadores, porque condenó a Jesús como pecador en nuestro lugar. Que ya no ve nuestro pecado, sino la justicia de Cristo.

La justificación por la fe nos dice que, ciertamente, para ser salvos debemos estar libres de pecado, debemos ser perfectos para estar en la presencia de Dios, pero esa perfección se alcanza solamente a través de los méritos de Cristo, quien fue perfecto delante de Dios. La justificación por la fe nos dice que, ciertamente, para estar en la presencia de Dios debemos ser santos y limpios de corazón, pero que la única manera de serlo es a través de Jesús, quien fue santo y limpio.

El mensaje de la justificación por la fe nos dice que no es suficiente haberle entregado la vida a Cristo una vez. Puesto que tenemos una naturaleza corrupta y contaminada por el mal, debemos depender constantemente de Cristo, pues somos débiles y necesitamos cada día su poder y fuerza. Que lo único que nos da seguridad es estar del lado de Cristo, y esta es una decisión que tenemos que hacer cada día. Reflexionemos: «¿Qué es la justificación por la fe? Es la obra de Dios que abate en el polvo la gloria del hombre, y hace por el hombre lo que él no tiene la capacidad de hacer por sí mismo» (*Testimonios para los ministros*, p. 464).

Temor al juicio

Al iniciarse el juicio, los libros fueron abiertos (Daniel 7: 10).

EL MENSAJE DE LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE nos ayuda a enfrentar dos conceptos que pueden causar temor y aprensión en la vida del cristiano. El primero es el asunto del juicio final. A todos nos conmueve la idea de tener que estar en un juicio donde seremos juzgados por Dios. El concepto de un juicio final tiene la posibilidad de llenarnos de temor si no lo entendemos correctamente. El mensaje de la justificación por fe tiene la virtud de ponerlo en la perspectiva correcta.

La idea bíblica es que todos compareceremos ante el tribunal de Dios algún día, para dar cuenta de lo que hicimos, y seremos juzgados de acuerdo a nuestros hechos: «Porque Dios “pagará a cada uno según lo que merezcan sus obras”» (Rom. 2: 6). También nuestras palabras serán objeto del juicio de Dios. Nuestro Señor dijo: «Pero yo les digo que en el día del juicio todos tendrán que dar cuenta de toda palabra ociosa que hayan pronunciado. Porque por tus palabras se te absolverá, y por tus palabras se te condenará» (Mat. 12: 36, 37). Pero no solo vamos a enfrentar nuestras acciones y palabras, sino también nuestros motivos secretos: «Así sucederá el día en que, por medio de Jesucristo, Dios juzgará los secretos de toda persona, como lo declara mi evangelio» (Rom. 2: 16). Nadie escapará del juicio de Dios: «¡Todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Dios!» (Rom. 14: 10). El juicio del Señor, sin embargo, será justo: «Él ha fijado un día en que juzgará al mundo con justicia, por medio del hombre que ha designado» (Hech. 17: 31).

Sin embargo, esta descripción bíblica del juicio de Dios tiene la capacidad de atemorizar a cualquiera. Todos sentimos temor ante el juicio de Dios, porque reconocemos que tenemos faltas y errores, y que hemos pecado contra Dios. Todos somos conscientes de nuestras debilidades y nuestros motivos ocultos. Todos tenemos temor: «Cada cual tiene un alma que salvar o que perder. Todos tienen una causa pendiente ante el tribunal de Dios. Cada cual deberá encontrarse cara a cara con el gran Juez» (*Cristo en su santuario*, p. 136).

¿Temor del juicio?

Ciertamente les aseguro que el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna y no será juzgado, sino que ha pasado de la muerte a la vida (Juan 5: 24).

LA ESCENA BÍBLICA DEL JUICIO PUEDE atemorizar a la alma más confiada. Pero a esa escena, le hemos agregado otros detalles e interrogantes que la hacen todavía más preocupante. A nuestros niños, en la iglesia o en sus casas, para persuadirlos a que sean obedientes, les decimos: «Acuérdense de que los ángeles que nos ven, ellos anotan todo lo que hacemos. Recuerden que vamos a presentarnos en el juicio ante Dios».

Algunos pastores desde el púlpito les recuerdan a los hermanos que el juicio investigador está en proceso en el cielo, que nuestros nombres pueden pasar de un momento a otro, y cuando tal cosa ocurra, deducen, se cerrará la puerta de la gracia. ¿No debiéramos estar vigilantes cada momento? Otros lo hacen más dramático aun: «Supongamos, dicen, que usted va manejando por la carretera y le viene un mal pensamiento, y en ese instante tiene un accidente fatal. ¿Podrá salir librado en el día del juicio investigador?»

Cuando entendemos el juicio en forma debida, nos damos cuenta que tiene la finalidad de revelar quiénes son hijos de Dios y quiénes no. Los registros se llevan para demostrar ante el universo por qué Dios salva a unos y rechaza a otros. Así que los hijos de Dios comparecen ante el juicio para ser vindicados, mientras que los demás aparecen para ser condenados. Entonces, el juicio será un motivo de alegría para los que son miembros del pueblo de Dios, y un motivo de tristeza para los que no lo son. Por esta razón si estamos del lado de Cristo no debemos temer el juicio; al contrario, desearemos que llegue. Los que sí tienen razón para temer el juicio son los que han rechazado la gracia de Dios revelada en Cristo. La pregunta importante es: ¿Estás hoy del lado de Cristo?